

La periferia catalana en la articulación del nacionalismo conservador español:  
Antonio de Capmany y la identidad nacional española

JESÚS PÉREZ MAGALLÓN  
(*McGill University*)

*Résumé.* Dans cet article nous explorons le rôle joué par Antonio de Capmany y de Montpalau – un représentant de la périphérie catalane –, entre la fin du XVIII<sup>e</sup> siècle et le début du XIX<sup>e</sup> siècle, dans la formulation d’une idée de la nation espagnole et par conséquent d’une vision de l’identité nationale espagnole. Son approche se situe entre le conservatisme traditionaliste et le libéralisme constitutionnel qui caractérise certains secteurs des cercles « ilustrados » ainsi que les groupes ouvertement démocrates.

*Mots-clés en français.* Capmany y de Montpalau, conservatisme, identité nationale espagnole, libéralisme

*Abstract* Antonio de Capmany y de Montpalau, a member of the Catalan periphery, played a crucial role, between the late 18<sup>th</sup> and the early 19<sup>th</sup> centuries in the process of articulating a new vision of Spain as a nation and therefore of Spanish national identity. His approach lies between traditionalist conservatism and constitutional liberalism, the one characterizing the «ilustrado» circles as well as the groups overtly democrats.

*Mots-clés en anglais.* Capmany y de Montpalau, conservatism, Spanish national identity, liberalism

Para Françoise, *lux in tenebris*,  
con afecto siempre vivo

En esta muy particular ocasión es mi intento acercarme a la participación de la periferia catalana –encarnada en el intelectual, historiador y político Antonio de Capmany y de Montpalau (1742-1813), y la llamo periferia por su ubicación geográfica y no por ningún juicio de valor– en la construcción y articulación del nacionalismo conservador español y, más específicamente, en la visión conservadora de la identidad nacional. En especial, me parece fundamental rescatar a Capmany en ese proceso porque recientemente ha habido cierta tendencia, sobre todo entre historiadores catalanes, a posicionar muy discutiblemente a Capmany en la génesis de un

nacionalismo catalanista tal vez emparentado con el independentismo que recorre Cataluña. Digamos de paso que la tendencia a la falsificación historiográfica –que estudió con rigor y apasionamiento Julio Caro Baroja<sup>1</sup>, pero también Joaquín Álvarez Barrientos en su faceta literaria<sup>2</sup>– forma parte de todos los procesos constituyentes de los nacionalismos, en especial cuando les ha pasado su momento histórico, pero en ciertas ocasiones alcanza niveles que solo pueden calificarse de grotescos o esperpénticos, por acercarnos a Valle Inclán y su ruedo ibérico.

Sin duda, la aportación cultural de Capmany se emparenta intelectualmente con la de Gregorio Mayans, entre otras cosas porque ambos son miembros de familias señaladamente austracistas. Según demostró Antonio Mestre, Mayans formaba parte de una familia «defensora de los derechos del archiduque al trono de España»<sup>3</sup> y, al parecer, nunca abandonó su actitud foralista, es decir, a favor de las libertades del antiguo reino de Valencia<sup>4</sup>. En el caso de Capmany, como ha escrito Françoise Étienvre en su excelente obra, su abuelo era «decidido partidario del Archiduque y comandante de la milicia de Gerona»<sup>5</sup>, y el propio Capmany nació «dans une famille ruinée par les Bourbons»<sup>6</sup>.

No es ocasión aquí para extendernos en el significado que la victoria de Felipe de Anjou y la derrota del archiduque Carlos de Austria tuvo para Cataluña. Sobre todo, porque los efectos fueron diferentes según las clases sociales y, en particular, según el modo en que los miembros de esas clases se incorporaron a la vida social, económica y política con la nueva dinastía. Como se sabe, la guerra del Segadors –guerra de Secesión de Catalunya, compañera de la secesión efectiva de Portugal– fue el punto culminante de una creciente tensión entre Catalunya y las tendencias centralizadoras y castellanocéntricas de la monarquía de los Habsburgo acentuadas por Olivares. En realidad, las interpretaciones sobre lo que Elliott llamó *la revuelta catalana* han sido diversas y a veces enfrentadas. Parte y consecuencia de la guerra de los Treinta Años en su dimensión internacional, según Sanabre<sup>7</sup>; conflicto político entre la monarquía y sus pretensiones absolutistas frente a las libertades constitucionales de Catalunya para Elliott; movimiento de

---

<sup>1</sup> Julio CARO BAROJA, *Las falsificaciones de la historia*, Barcelona, Seix Barral, 1992.

<sup>2</sup> Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, *El crimen de la escritura. Una historia de las falsificaciones literarias españolas*, Madrid, Abada, 2014.

<sup>3</sup> Antonio MESTRE, *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del siglo XVIII*, Oliva, Ayuntamiento de Oliva, 1970, p. 405.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 406-407.

<sup>5</sup> Antonio DE CAPMANY, *Centinela contra franceses*, Françoise Étienvre (ed.), London, Tamesis, 1988, p. 15.

<sup>6</sup> Françoise ÉTIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières. L'œuvre linguistique d'Antonio de Capmany (1742-1813)*, Paris, Honoré Champion, 2001, p. 301.

<sup>7</sup> José SANABRE, *La acción de Francia en Cataluña (1640-1659)*, Barcelona, J. Sala Badal, 1956.

revuelta social, sobre todo del campesinado catalán, contra los prolongados abusos cometidos con la justificación de la guerra contra Francia y contra los nobles catalanes, según Simón Tarrés; enfrentamiento socio-político entre un bloque resistente y la monarquía hispánica, en opinión de Eva Serra, cuyo eje unificador pasaba por la formación del estado feudal moderno; revuelta popular seguida de una rebelión político-institucional encabezada por Pau Claris, para Xavier Torres. Pero también fue el contexto en que se formuló tempranamente una perspectiva patriótica catalana (y no solo catalana). Así, no es casual que el *Semanario Patriótico* afirmara hacia 1809 que la llama del patriotismo, «sentimiento que se alimenta de sacrificios y que antepone siempre y en todas las ocasiones el interés público al individual [...] se extinguió en Castilla cuando Villalar vio expirar a Padilla [...] en Aragón cuando Lanuza fue decapitado [...] en Catalunya cuando murió Pablo Claris»<sup>8</sup>.

Sin embargo, el subsiguiente desarrollo acentuado en la periferia bajo Carlos II y el régimen tolerante hacia las «constituciones» del Principado en el que brota lo que el historiador Joan Reglà ha llamado el neoforalismo<sup>9</sup> de Narcís Feliu de la Penya con la vocación de intervenir directamente en la gestión de la monarquía, tal vez explique tanto el apoyo mayoritario que el archiduque Carlos encontraría entre ciertos sectores sociales catalanes como la integración posterior en la sociedad dieciochesca. La entrada de las tropas borbónicas en Barcelona y la derrota de los austracistas en Cataluña ha sido visitada de nuevo por Josep M. Torras i Ribé en *Felip V contra Catalunya*<sup>10</sup>, quien resume la situación, desde una toma de posición neta y sin matices, hablando de represión sistemática, ocupación y sometimiento, opresión sostenida, miseria colectiva, destrucción de símbolos y borrón de la memoria colectiva. Es cierto que la política borbónica resultaría particularmente dura a nivel político en Cataluña y Valencia –que habían confiado en un archiduque con proyectos y deudas que se esfumaron con la derrota–, donde las «libertades» peculiares (y entrecomillo la palabra para dejar constancia de que no debe haber confusión con las libertades llamadas democráticas, lo mismo que no hubo nunca un Estado catalán) disfrutadas durante los Habsburgos son suprimidas con el decreto de la Nueva Planta. El centro, con Castilla a su cabeza, impone unas condiciones políticas de dominación y control –de hegemonía política– sobre la «rebelde» periferia mediterránea. Tal dominación se

---

<sup>8</sup> Citado en Pierre VILAR, *Catalunya dins l'Espanya moderna*, 4ª ed., Eulàlia Duran (trad.), Barcelona, Edicions 62, 1987, p. 506-507.

<sup>9</sup> Joan REGLÀ, *Historia de Catalunya*, Madrid, Alianza, 1974, p. 100-101.

<sup>10</sup> Josep M. TORRAS I RIBÉ, *Felip V contra Catalunya: testimonis d'una repressió sistemàtica*, Barcelona, Rafael Dalmau, 2005.

extiende desde la nueva legislación hasta los procesos específicos e individuales de confiscaciones de bienes, imposibilidad de acceder a puestos y otras vías de instalación y ascenso social. Por otra parte, la incorporación al estado español (a la monarquía borbónica) le abre a la burguesía catalana unas posibilidades de crecimiento económico, desarrollo y enriquecimiento impensables en las negociaciones acometidas por el archiduque para lograr el apoyo de holandeses e ingleses<sup>11</sup>. Todo es cuestión de perspectiva. Lo cierto es que el decreto de Nueva Planta (dictado el 9 de octubre de 1715 y aprobado por Real Cédula el 16 de enero de 1716) trastorna radicalmente el orden institucional de la monarquía de los Habsburgo; en Catalunya abolía la Generalitat, las Cortes Catalanas, el Consejo de Ciento, etc.; sustituía al virrey por un capitán general, dividía Cataluña en corregimientos, como en Castilla, y desaparecían las tradicionales veguerías; se establecía el catastro para gravar las propiedades urbanas y rurales, los beneficios del trabajo, el comercio y la industria; o sea, para homogeneizar las cargas fiscales en todo el territorio; el castellano se convirtió en la lengua oficial, especialmente en la escuela y el juzgado; se cerraron las universidades que se habían declarado contra Felipe y se creó la Universidad de Cervera. En realidad, sin embargo, en el marco de la nueva constitución la participación de la burguesía catalana en las actividades económicas de España se irá incrementando considerablemente. En otras palabras, teniendo en consideración lo que algunos historiadores catalanes han resaltado en las últimas décadas, es decir, la recuperación más acentuada en la periferia mediterránea ya desde finales del XVII y la reorganización social y económica estudiada extensamente por Pierre Vilar a lo largo del XVIII, lo que se constata es que los sectores burgueses encontrarán en el nuevo estado español constituido a partir de los decretos de la Nueva Planta una ampliación del mercado interior, así como finalmente el acceso ilimitado a los mercados americanos. Ese acomodamiento de los sectores privilegiados en la antigua corona de Aragón a las nuevas circunstancias borbónicas hará que los intelectuales catalanes proyecten su intervención sobre todo hacia la construcción del estado español. Ese es, como decía, el caso de Mayans desde Valencia –a pesar de o junto a sus simpatías austracistas y, por ello, próximas al pluralismo institucional de los Habsburgos– o Capmany, educado en Barcelona y aposentado después en Madrid. Ferrán Soldevila sostuvo que Catalunya se salvó por la tierra, la tradición, el fuerte arranque económico y, sobre todo, la

---

<sup>11</sup> Manuel HERRERO SÁNCHEZ, «Las Provincias Unidas y la Guerra de Sucesión española», *Pedralbes*, 22 (2002), p. 131-152.

lengua, mantenida por el pueblo bajo<sup>12</sup>; las élites, como ha sucedido en otros momentos posteriores –piénsese en el franquismo– «fueron asimiladas más fácilmente»<sup>13</sup>.

Pero, antes de proseguir, una breve digresión sobre la identidad nacional. Varios críticos han cuestionado el uso de dicho concepto –pensemos en Rogers Brubaker y Frederick Cooper en «Beyond Identity»<sup>14</sup>, o en Jorge Orlando Melo en el artículo «Contra la identidad»<sup>15</sup>–, pero nadie hasta ahora ha podido prescindir de él. Con razón Tim Edensor afirmaba que «la identidad nacional persiste en un mundo que se globaliza, y tal vez la nación sigue siendo la entidad preeminente alrededor de la cual se conforma la identidad»<sup>16</sup>. Entre otras razones porque, siempre que se precisen los márgenes o límites de su empleo, sigue teniendo una utilidad indiscutible. Y todavía más en particular cuando se habla del pensamiento conservador, porque ha sido el conservadurismo político –por no hablar del reaccionarismo radical– el que se ha aferrado a *una determinada visión* de la identidad nacional para justificar sus demagogias y sus programas de gobierno.

Teniendo en cuenta los procesos históricos, culturales e ideológicos que la han configurado, la identidad nacional no puede (o no debe) verse desde un punto de vista esencialista, que prefiere considerarla como algo que existe en sí y por sí de modo atemporal, en vez de tenerla como una construcción puramente artificial, un constructo que cumple una función muy precisa en la articulación de los intereses de ciertas clases sociales (o de bloques sociales con un sector que ejerce claramente su hegemonía) por medio de la ideología nacionalista. Tal constructo –enmascarado tras la imagen de la identidad esencial– fue crucial en el proceso de construcción de los estados-nación. Pero, como escribe Robert Foster: «Las naciones, al igual que las culturas nacionales, son artefactos »<sup>17</sup>. Uno de los aspectos clave de la identidad nacional es que es capaz de provocar un apego sentimental, psicológico y afectivo en el individuo, lo cual es esencial para comprender cómo se ha manipulado –y se sigue manipulando– en función de intereses y objetivos políticos contrapuestos. Y ello explica también la tendencia conservadora a recurrir al esencialismo: si siempre hemos sido lo que somos, parece más fácil implicar afectivamente a la

---

<sup>12</sup> Ferran SOLDEVILA, *Historia de Cataluña*, Barcelona, Alpha, 1963.

<sup>13</sup> Joan REGLÁ, *op. cit.*, p. 139.

<sup>14</sup> Rogers BRUBAKER y Frederick COOPER, «Beyond Identity», *Theory and Society*, vol. 29 (2000), p. 1-47.

<sup>15</sup> Jorge ORLANDO MELO, «Contra la identidad», *El Malpensante*, n° 74 (2006), p. 85-98.

<sup>16</sup> Tim EDENSOR, *National Identity. Popular Culture and Everyday Life*, Oxford, Berg, 2002, p. IV. La traducción es nuestra.

<sup>17</sup> Robert J. FOSTER, «Making National Cultures in the Global Ecumene», *Annual Review of Anthropology*, vol. 20 (1991), p. 252.

gente. Según Eric Hobsbawm, el nacionalismo exige demasiada credulidad en algo que no tiene nada de racional<sup>18</sup>. Además, a menudo se logra provocar en los miembros de la nación el sentimiento de pertenecer a una misma comunidad que comparte algo a pesar de todas las diferencias de clase, ideología, origen, raza o religión que los separan. En ese sentido, el amor a la nación suscitado en el individuo por complejos mecanismos de psicología social se pone siempre por encima de cualquier resentimiento causado por las injusticias y desigualdades dentro de esa misma sociedad<sup>19</sup>. De ese modo, la identidad de cada uno se ve «sustituida» por una identidad colectiva que no es nada más que una creación artificial que sirve para manipular más fácilmente a la colectividad en su conjunto.

Al mismo tiempo, y en un proceso concomitante, al lado del amor hacia «lo nuestro» y del apego afectivo a la propia nación se generan y fomentan el odio y el rechazo de todo lo que se ve como ajeno, extraño-extranjero, otro. Ya que al crear el mito del carácter o la identidad nacional se les adscriben a todos y cada uno de los representantes de la nación las mismas características y los mismos valores, aquellos que viven fuera de las fronteras de la nación –geográficas y/o psicológicas– y no comparten los mismos rasgos identitarios se ven como «lo/el otro». Ahí se origina la animosidad que siente un pueblo frente a las otras naciones, porque ha sido adecuadamente manipulado para experimentar ese sentimiento. Por otra parte, también se puede producir y se produce ese tipo de animosidad entre los diferentes grupos dentro de un mismo país, cada uno de los cuales pretende representar y defender *la* visión verdadera y auténtica de cómo es el carácter nacional –y, por tanto, el nacionalismo– en términos que excluyen toda otra visión alternativa. Según plantea Stuart Hall, «las identidades solo pueden funcionar como puntos de identificación y apego gracias a su capacidad para excluir»<sup>20</sup>. Así se produce la reacción de lo que Edward Said ha definido como «condena acrítica de los enemigos exteriores»<sup>21</sup>, que se traduce en la convicción de que «lo nuestro» es siempre mejor que lo ajeno y en el deseo de defender a cualquier precio los valores supuestamente antiguos, demostrados por la tradición y compartidos por todos, aunque ese «todos» sea una abstracción o una imposición.

---

<sup>18</sup> Eric HOBBSAWM, *Nations and Nationalism Since 1780: Programme, Myth, Reality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 12.

<sup>19</sup> Robert J. FOSTER, *op. cit.*, p. 247; Benedict ANDERSON, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, 2<sup>nd</sup> ed., London, Verso, 1994, p. 7.

<sup>20</sup> Stuart HALL, « Introduction: Who Needs Identity? », S. Hall y P. du Gay (eds.), *Questions of Cultural Identity*, London, Sage, 1996, p. 5.

<sup>21</sup> Edward SAID, *Culture and Imperialism*, New York, Vintage, 1994, p. 252.

Uno de los mecanismos empleados para crear el sentimiento de comunidad espiritual o cultural reside en el intento por construir una versión determinada del pasado histórico que teóricamente todos los representantes de la nación pueden y deben compartir. Según Paul Connerton, las representaciones hegemónicas del pasado de una sociedad determinada constituyen las versiones de ese pasado que sirven para mantener las relaciones de poder existentes y, sobre todo, presuponen una memoria compartida<sup>22</sup>. Para configurar el sentimiento de nación y, por tanto, construir la base emotiva, psicológica e ideológica del nacionalismo, es imprescindible insertar en la memoria individual los elementos clave que la vinculan con una memoria colectiva creada a través de ese proceso de exclusión y manipulación interpretativa de los datos. Manipulación es palabra que alude a la función intencionalmente mitificadora de la imaginación (creadora) puesta en contacto con el sueño de una nación. La formación de la idea de la nación, por tanto, no se puede llevar a cabo sin suprimir o inventar cierto tipo de historia nacional, además de crear un conjunto de símbolos, prácticas e iconos que, al ser mencionados o simplemente aludidos, deben provocar siempre una reacción de apego sentimental a la nación y a las ideas y actitudes vinculadas con esos símbolos, pues, como escribe Anthony Smith: «Los símbolos, costumbres y ceremonias nacionales son los aspectos más poderosos y duraderos del nacionalismo. Encarnan sus conceptos básicos, haciéndolos visibles y perceptibles para cada miembro de la nación»<sup>23</sup>.

El papel que desempeñaron los intelectuales, en España como en el resto de Europa, para la creación del mito de la identidad nacional fue fundamental: «A las academias –Real Academia Española, Real Academia de la Historia, Real Academia de Bellas Artes– se les encargaron tareas y responsabilidades que equivalían [...] a la elaboración de la propia identidad nacional»<sup>24</sup>, ha escrito Juan Pablo Fusi. Por otra parte, lo que llamamos la Ilustración –corriente coetánea del dominante barroco europeo– representó en todos los países la continuidad y profundización de una ruptura con el pasado en cuanto a la manera de pensar y concebir el mundo. Por todas partes se entabla una lucha entre los que apoyan los cambios y el progreso y los que se ven amenazados por esos cambios y siguen aferrados a los modelos antiguos de vivir y pensar. Se ha señalado que el nacionalismo fue «inventado» por los núcleos intelectuales que estaban tratando de llegar al poder por medio de esa manipulación político-cultural. Así, Smith plantea con razón que el

---

<sup>22</sup> Paul CONNERTON, *How Societies Remember*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 3.

<sup>23</sup> Anthony SMITH, *National Identity*, Reno, University of Nevada Press, 1991, p. 77.

<sup>24</sup> Juan Pablo FUSI, *La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, p. 147.

nacionalismo es «un “movimiento de intelectuales” excluido del poder e inclinado a adquirirlo mediante el liderazgo del “pueblo” cuya definición cultural ellos mismos han aportado»<sup>25</sup>. En efecto, el enfrentamiento entre diversos grupos de intelectuales se produce acerca de la cuestión de quién tiene el derecho legítimo y la autoridad de representar a «la nación» y expresar –o en realidad crear– la «verdadera» idea de la identidad nacional.

En España la necesidad de autodefinirse en términos identitarios se agravó por la crisis de adaptación a su nueva posición en el mapa geopolítico del paso del siglo XVII al XVIII; pero, sobre todo, hay que tener en cuenta la importancia para el desarrollo de la identidad nacional del proyecto de unificación española que forma parte del programa político de la nueva dinastía borbónica señalado por Gonzalo Anes<sup>26</sup>. La necesidad puramente política de lograr la unificación del país va acompañada del deseo de forjar una identidad que incluya a todos los españoles, sin importar su «región» de origen. Juan Pablo Fusi ha afirmado: «Fue el centralismo borbónico, el reformismo ilustrado, el que terminaría por crear el sentimiento de nación»<sup>27</sup>. Y, como había escrito Maravall: «en España la empresa de la guerra de la Independencia hubiera sido inconcebible sin esa etapa ilustrada previa de “nacionalización” de la sociedad»<sup>28</sup>.

En esa etapa se inserta Capmany y, en especial, su *Centinela contra franceses*, cuyas dos partes se publican en 1808, con título que imita el *Centinela contra judíos, puesta en la torre de la iglesia de Dios*, de fray Francisco de Torrejoncillo (1674). Puesto que Pierre Vilar lo estudió en un excelente artículo que matizaba las conclusiones de María Cruz Seoane sobre *El primer lenguaje constitucional español*, de 1968<sup>29</sup>; que más tarde Pedro Álvarez de Miranda le dedicó a los conceptos de *patria* y *nación* el capítulo II de su magna obra *Palabras e ideas: el léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*<sup>30</sup> y que Françoise Étienvre revisó en 2013 la

---

<sup>25</sup> Anthony SMITH, *op. cit.*, p. 95.

<sup>26</sup> Gonzalo ANES, «La idea de España en el siglo de las luces», en *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1997, p. 223.

<sup>27</sup> Juan Pablo FUSI, *op. cit.*, p. 130.

<sup>28</sup> José Antonio MARAVALL, «Espíritu burgués y principio de interés personal en la Ilustración española», M<sup>a</sup> Carmen Iglesias (ed.), *Estudios de historia del pensamiento español, siglo XVIII*, Madrid, Mondadori, 1991, p. 257.

<sup>29</sup> Pierre VILAR, «Patrie et Nation dans le vocabulaire de la guerre d'Indépendance Espagnole», *Annales Historiques de la Révolution Française*, n° 206 (1971), p. 502-534.

<sup>30</sup> Pedro ÁLVAREZ DE MIRANDA, *Palabras e ideas. El léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Real Academia Española, 1992.



literatura anterior para ahondar en la imagen y concepto de *pueblo*<sup>31</sup>, no insistiré aquí en la variedad y cantidad de ocasiones en que Capmany utiliza voces como *nación*, *pueblo* o *patria*, nuestra *España*, ni en la proliferación de derivados de estos nombres –*patriota*, *patriótica*, *patriotismo*, *nacional* o *españoles*–. Pero, para clarificar la posición de Capmany y, por tanto, el sentido de su aportación al proceso de articulación del nacionalismo y la identidad nacional, es necesario indagar aunque brevemente en su conceptualización de la Nación/patria. Y, para empezar, recordemos que en *Centinela* escribe: «No es sola la fuerza física de los cuerpos, sino la fuerza moral de los ánimos la que constituye la fuerza de una nación»<sup>32</sup> o, como pregunta después, «¿Qué le importaría a un rey tener vasallos si no tuviese nación? A esta la forma, no el número de individuos, sino la unidad de las voluntades, de las leyes, de las costumbres y del idioma, que las encierra y mantiene de generación en generación»<sup>33</sup>. Así, Capmany no manifiesta aquí en absoluto seguir la idea étnica de la nación, vinculada al *Volkgeist* teorizado por los alemanes, que consideraría a los individuos emanación de un espíritu popular nacional; por el contrario, Capmany sigue la idea, promovida por la revolución francesa, de que la nación es resultado de la asociación voluntaria de individuos libres. Pero, al mismo tiempo, introduce una continuación que parece acercarse al esencialismo identitario.

Capmany, con su educación catalana y su asimilación de la tradición pactista del antiguo reino de Aragón, integra la diversidad en una perspectiva unitaria de la nación. Así, escribe: «¿Qué sería ya de los españoles si no hubiera habido aragoneses, valencianos, murcianos, andaluces, asturianos, gallegos, extremeños, catalanes, castellanos, etc.? Cada uno de estos nombres inflama y envanece, y de estas pequeñas naciones se compone la masa de la gran Nación»<sup>34</sup>. Una gran nación, o sea, una España unida, que está formada por pequeñas naciones parece reformular la institucionalización pactista de los Habsburgo, pero también anticipa el federalismo de Pi y Margall o el estado de las autonomías que saldría del hundimiento del franquismo y la constitución actual de España; tal vez incluso el futuro estado federal que sustituirá al de las autonomías. Como afirma García Cárcel, «incluso en su españolismo de 1808

---

<sup>31</sup> Françoise ÉTIENVRE, «Concepto e imagen del pueblo en la Ilustración española», Fernando Durán López (ed.), *Hacia 1812 desde el siglo ilustrado. Actas del V Congreso Internacional de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII*, [s.l.], Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII, Ediciones Trea, 2013, p. 69-101.

<sup>32</sup> Antonio DE CAPMANY, *op. cit.*, p. 116.

<sup>33</sup> *Id.*

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 125.

hay componentes que lo separan de la España vertical de Felipe V»<sup>35</sup>. Pero Capmany sobre todo insiste en la idea de la unidad nacional ya desde la imagen que expone la cubierta de la primera parte de *Centinela contra franceses*: un puño cerrado, y el lema o *subscriptio* que la acompaña: la unión hace la fuerza. Es en ese contexto donde cobran sentido sus llamamientos a diversos sectores de la sociedad española. Capmany, más allá del pueblo, al que parece considerar espontánea y naturalmente patriota, se dirige a la nobleza, pidiéndole que acuda a las armas; agradece a los frailes y curas su labor en el enfrentamiento contra el invasor. Y, por último, les dice a los españoles americanos, como los llamaría Viscardo y Guzmán: «vosotros, nobles habitantes del otro hemisferio, hijos ilustres de la sangre española, descendientes de los pobladores y conservadores del nuevo mundo y seguidores del evangelio»<sup>36</sup>, pidiéndoles que favorezcan a su madre «con vuestra plata y vuestro oro, y sea la primera vez que este metal, que tantos males ha causado en el mundo, sirva al bien del género humano»<sup>37</sup>.

La construcción imaginaria de la nación o de la patria es inseparable del establecimiento de las diferencias que la separan de las otras naciones y, en particular, de aquellas con las que se encuentra en conflicto. Escribía Hobsbawm que «“Nosotros” nos reconocemos como tales porque somos diferentes de “ellos”. Si no hubiera unos “ellos” de los que somos diferentes, no tendríamos que preguntarnos quiénes somos “nosotros”. Sin Forasteros no habría Locales»<sup>38</sup>. Como han recordado diversos autores, al reflexionar sobre los nacionalismos podría hablarse del «narcisismo de las pequeñas diferencias» en términos que Freud había empleado en *Psicología de las masas y análisis del yo, El tabú de la virginidad y El malestar en la cultura* (1921). Pero, como ya hemos señalado, nación y nacionalismo serían nociones inconcebibles sin la exaltación de la diferencia que separa. De ahí que la contraposición España-Francia sea central en esta fase del proceso de articulación del nacionalismo español y particularmente desde la óptica de Capmany: «¡Oh Francia, cuando pagana y cuando cristiana; ora monárquica, ora republicana; ya sabia, ya bárbara; ya libre, ya esclava; siempre por sistema enemiga de la España!»<sup>39</sup>, donde parece resonar la obra de Carlos García, *La oposición y conjunción de los dos grandes luminaires*

---

<sup>35</sup> Ricardo GARCÍA CÁRCEL, *Felipe V y los españoles*, Barcelona, Plaza & Janés, 2002, p. 221.

<sup>36</sup> Antonio DE CAPMANY, *op. cit.*, p. 155.

<sup>37</sup> *Id.*

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 87.

de la tierra. Con la *Antipathía entre Españoles y Franceses*<sup>40</sup>. El antifrancesismo visceral, esencial y ancestral es uno de los rasgos centrales del texto de Capmany. Es más, frente al patriotismo español –que Capmany excita y fomenta desde las páginas de su *Centinela*– se encuentra la encarnación viva del universalismo y cosmopolitismo, del ateísmo, que es Napoleón: «A ningún país ni nación tiene ni puede tener amor; todas son para él y ninguna es suya. Donde halla soldados, allí tiene su patria [...]. Él no tiene nación ni religión elegida; se sirve de aquella que más sirve a sus fines»<sup>41</sup>.

El problema de la lucha contra Francia es que implica la toma de posturas marcadas respecto a quienes colaboran con José I, es decir, aquellos a quienes la historiografía acabará conociendo como *afrancesados*<sup>42</sup>. Escribe Capmany: «La gente que llamamos culta y literata, todos eran hijos de España, pero gran parte tenían su corazón en Francia, es decir que, enamorados de sus libros, estaban casados con los autores. Y de este casamiento, ¿cómo podrían salir ciudadanos defensores de la patria que nunca amaron?»<sup>43</sup>. Y reclama contra colaboracionistas y traidores «que la patria los conozca ahora para entregarlos a la venganza pública»<sup>44</sup>. Françoise Étienvre recordaría en una oportuna nota que Capmany, a la sazón académico de la Real Academia de la Historia, pediría una «venganza pública» contra los académicos que habían colaborado con el gobierno intruso citando los nombres de Llorente, Estala, Reinoso, O’Farrill o Barrazábal. Pero si en Capmany el rechazo de la cultura francesa y el afrancesamiento responde a un análisis comparado de la tradición nacional y a una actitud política comprometida con su visión de la realidad del momento, el reaccionarismo posterior encarnará en Francia –y, por tanto, el francesismo o afrancesamiento– cualquier manifestación del pensamiento liberal, soslayando, desde luego, que de Francia vinieron los Cien mil hijos de San Luis en apoyo del absolutismo fernandino. Como ha subrayado Javier Herrero, aquí aparece la imagen tan manipulada por los reaccionarios de la *anti-España*, imagen que –olvida decir Herrero– ya formulaba medio siglo antes Erauso y Zavaleta junto a los varios autores de los preliminares de su obra. Así, según Herrero: «Frente a la España integrada por un cuerpo de patriotas animados por el *Volkgeist*, el

---

<sup>40</sup> Carlos GARCÍA, *La oposición y conjunción de los dos grandes luminaires de la tierra*, Cambrai, Jean de la Riviere, 1622.

<sup>41</sup> Antonio DE CAPMANY, *op. cit.*, p. 102.

<sup>42</sup> Véase Jesús PÉREZ MAGALLÓN, «The “Perfidious Invasion” of 1808: Ideological Disquiet and Certainty in Moratín», Institute of European Studies, UC Berkeley, URL: <http://repositories.cdlib.org/ies/080217/> 5 de febrero de 2016.

<sup>43</sup> Antonio DE CAPMANY, *op. cit.*, p. 89.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 114.

alma tradicional, ha nacido una anti-España de traidores, apátridas, agentes de una conjura internacional. Esa anti-España es, esencialmente, liberal, culta y reformadora»<sup>45</sup>.

Capmany revela una conciencia sutil y profunda de los mecanismos psicológicos que funcionan a nivel de las acciones populares o, con expresión anacrónica, de la psicología de masas. Así, escribe: «En otro tiempo la religión hacía obrar prodigios: el apellido de ¡Santiago! convocaba y alentaba los guerreros; el nombre de ¡Españoles! inflamaba porque envanecía; y el recuerdo de *Patria* infundía deseos de salvarla al noble, al plebeyo, al clérigo y al fraile»<sup>46</sup>. En su presente las circunstancias han cambiado por la influencia francesa, que «ha afeminado aquella severidad española»<sup>47</sup>. Precisamente por ese motivo expone su método propagandístico: «He tratado de mover al lector antes de persuadirle, así huyo de lugares comunes, de sentencias sutiles y de puntos de controversia política»<sup>48</sup>. Fijémonos en esas dos voces: *mover* frente a *persuadir*. Mover las pasiones para influir en su voluntad para que actúe; persuadir tal vez en el sentido de que la inteligencia se rinda a los argumentos, convencer. En realidad, en la oratoria persuadir implica llegar a mover. Pero Capmany insiste en influir en la voluntad para que los lectores –como escuchando un sermón– actúen contra los invasores.

Y en esa nación española Capmany rastrea los rasgos identitarios que caracterizan a sus habitantes. La visión de la identidad que articula Capmany –es decir, el modo en que, desde una perspectiva política e ideológica bastante precisa, quiere contemplar o imaginar la identidad nacional– se contrapone abierta y directamente a la que los franceses atribuyen a los españoles. Para los franceses, los españoles son «cuitados, perezosos y supersticiosos»<sup>49</sup>; o, como dice un poco más adelante, «ignorantes, bárbaros y supersticiosos»<sup>50</sup>. En cierto sentido, esa es una de las percepciones que alimentan los intelectuales franceses, italianos o ingleses a lo largo del XVIII<sup>51</sup>. Si ahora se trata de recuperar la identidad nacional es porque la influencia francesa la ha trastornado. Como otros pensadores conservadores, Capmany tomará como referencia lo que considera la identidad antigua, la de los viejos españoles, emparentándose de esa manera a la visión esencialista de las identidades. Así, escribe: «Con esta guerra volveremos a ser españoles

---

<sup>45</sup> Javier HERRERO, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Alianza, 1988, p. 251.

<sup>46</sup> Antonio DE CAPMANY, *op. cit.*, p. 116.

<sup>47</sup> *Id.*

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 132.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 109.

<sup>51</sup> Para matizar esa imagen, véase José CHECA BELTRÁN (ed.), *Lecturas del legado cultural español*, Madrid, Iberoamericana, 2012.

rancios a pesar de la insensata currutaquería, esto es, volveremos a ser valientes, formales y graves. [...] Tendremos costumbres nuestras [...] Volveremos a hablar la castiza lengua de nuestros abuelos»<sup>52</sup>. El componente religioso no puede faltar en esa percepción identitaria: «Con esta guerra en fin seremos mejores cristianos, porque [...] se arraigará y crecerá y florecerá la verdadera piedad, y madurará en nuestros hijos», y eso hará que esta guerra sea «más santa aún que la de las Cruzadas»<sup>53</sup>. La idea de la guerra como cruzada recuerda de inmediato la insurrección franquista y su exaltación ignominiosa por la iglesia católica. Es cierto, en ese sentido, que, según sostiene Javier Herrero, en Capmany tiene lugar «la identificación de la religión católica con el verdadero patriotismo español»<sup>54</sup>. Pero lo cierto es que el catolicismo, para un conservador, forma parte de los mecanismos psicológicos que pueden activar el ánimo en defensa de la patria ocupada por las tropas francesas; y, sobre todo, permite relacionar – curiosamente– la religión con la libertad y la patria. Por ello escribe: «A la voz de *patria*, de *libertad* y de *religión*, ¿cómo no se habían de inflamar los corazones y de levantar las manos doce millones de almas que se honran con estos amados títulos?»<sup>55</sup>.

Esa idea de una identidad antigua aparecía ya en carta a Godoy de 12 de noviembre de 1806, donde escribe que su deseo es «volver los españoles a sus antiguos afectos y carácter»<sup>56</sup> o que vuelvan «a ser españoles de chapa y de calzas atacadas»<sup>57</sup>. Capmany lamenta dolidamente que los españoles «han olvidado la nobleza de su origen, la grandeza de su tierra y la gloria de sus antiguas hazañas desde que han perdido sus costumbres, sus usos, sus modales, su traje, su idioma y hasta sus preocupaciones [léase: *prejuicios*]» puesto que todos estos son «de grande auxilio para vencer a sus enemigos, o a lo menos para no ser vencidos de ellos»<sup>58</sup>. A forma de contraste merece recordarse cómo el liberal José Joaquín de Mora se opondría al conservadurismo de Böhl de Faber afirmando que sus opiniones equivalen a «que troquemos el pantalón de llin [lino] por las calzas atacadas, el pañuelo de percal por la golilla y la gavota por las folías. *Altri tempi, altri mori*»<sup>59</sup>.

---

<sup>52</sup> Antonio DE CAPMANY, *op. cit.*, p. 89-90.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 93.

<sup>54</sup> Javier HERRERO, *op. cit.*, p. 226.

<sup>55</sup> Antonio DE CAPMANY, *op. cit.*, p. 123.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 115.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 135.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 116.

<sup>59</sup> La cita en José ESCOBAR, *El teatro del Siglo de Oro en la controversia ideológica entre españoles castizos y críticos. Larra frente a Durán*, Biblioteca Virtual Universal [5 de febrero de 2016].

Para reconstruir una identidad degradada según Capmany por la influencia francesa, este propone basarse en la utilización de determinados mecanismos culturales. De ese modo, aconseja volver a elementos de la tradición utilizados con fines de propaganda patriótica: «Los poetas [...] podrían ejercitar su talento en letrillas y romances populares que despertasen ideas de honor, valor y patriotismo, refiriendo proezas de esforzados capitanes y soldados nuestros en ambos mundos»<sup>60</sup>. Y teniendo en cuenta que también es preciso fomentar el valor de los soldados, afirma: «Podrían igualmente contribuir a mantener este *espíritu nacional* las corridas de toros [...] prefiriendo yo esta que llaman fiereza española, que nos puede hacer temibles, a la molicie y frivolidad filosófica del día, que nos ha hecho despreciables a los ojos de los mismos que nos la han inoculado [o sea, los franceses]»<sup>61</sup>. Para reforzar esas señales identitarias, Capmany propone cuidar la lengua española, las costumbres nacionales e incluso una gestualidad, un lenguaje corporal propiamente español, pues, escribe: «Hasta la mantilla se había perdido [...] Ya no había saya ni basquiña [...] hasta el andar nacional habían perdido, aquel paso firme y airoso, por imitar el de las francesas, que parece que se van pisando las tripas»<sup>62</sup>. Como se ve, la identidad se muestra tanto en aspectos de carácter más o menos esenciales como en manifestaciones puramente temporales del vestuario o la moda; tanto en la forma de la lengua como en la gestualidad. No es casual, sin embargo, que un letrado como Moratín reivindicase, antes de la invasión, los mismos objetos materiales como signo de una españolidad reformista e ilustrada<sup>63</sup>.

Capmany, como harán conservadores posteriores, prefiere dejar de mirar la Corte y los cortesanos –que no ofrecen el modelo más completo de patriotismo– y volverse hacia el campo, «en donde la sencillez y pureza de los sentimientos naturales obró el primer prodigio de nuestra defensa, y continúa, sin discursos ni teorías, trabajando para la redención de España»<sup>64</sup>. Y relaciona esa visión de los verdaderos patriotas para acercarse a una nueva definición de la nación de corte claramente populista: «Vosotros habéis hecho ver ahora al mundo que el pueblo es la nación, pues de su masa sale todo: el sacerdote, el magistrado, el guerrero y hasta la

---

<URL: [<sup>60</sup> Antonio DE CAPMANY, \*op. cit.\*, p. 117.](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor-din/el-teatro-del-siglo-de-oro-en-la-controversia-ideologica-entre-espaoles-castizos-y-crticos-larra-frente-a-durn-0/html/>..</a></p></div><div data-bbox=)

<sup>61</sup> *Id.*

<sup>62</sup> Antonio DE CAPMANY, *op. cit.*, p. 135-136.

<sup>63</sup> Leandro FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *La comedia nueva. El sí de las niñas*, Jesús Pérez Magallón (ed.), Madrid, Real Academia Española, 2015, p. 87.

<sup>64</sup> Antonio DE CAPMANY, *op. cit.*, p. 133.

sabiduría»<sup>65</sup>. Y vuelve otra vez la vista lejos de la corte y las élites: «¡Dichosos vosotros, españoles del campo y de las aldeas, en donde no había entrado semejante corrupción, ni por los ojos ni por los oídos, pues no habéis degenerado del carácter, traje y lenguaje de vuestros abuelos y del amor heredado a la tierra que os vio nacer y os verá morir!»<sup>66</sup>. Javier Herrero ha titulado, sintetizando toda una corriente de pensamiento, un sub-apartado de su capítulo III como «El pueblo contra la cultura». Y, del mismo modo que harán los Böhl de Faber, en el pueblo ignorante localizará Capmany unas reservas espirituales que les harán ser patriotas sin necesidad de entender a la patria. Es más, en el «Informe presentado a la comisión de Cortes» publicado por Álvarez Junco en 1967, Herrero apunta que Capmany «identifica, al exagerar disparatadamente el anti-intelectualismo nacional, hispanismo con barbarie, derrotando así su propio afán de exaltar la tradición española»<sup>67</sup>. En efecto, Capmany da la impresión de contraponer en el calor de la propaganda «la pureza nacional del pueblo y el cosmopolitismo degenerado de los intelectuales»<sup>68</sup>. Sin embargo, conviene recordar lo que decía Capmany en el «Discurso preliminar» al *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, de 1786, donde establece una clara distinción entre la cultura letrada y la cultura popular. Si en algún lugar se hubiera recogido una colección de la elocuencia popular, dice Capmany, «esto fuera defender la nación; lo demás es defender sus libros, que no es lo mismo»<sup>69</sup>. Y mantiene que: «La ciencia de una nación se podrá hallar en los escritores, en los profesores, en los que la gobiernan y rigen; pero el carácter original de su talento se ha de buscar en el pueblo, porque solo en él la razón y las costumbres son constantes, uniformes y comunes»<sup>70</sup>.

Frente a la exaltación de la cultura elitista y letrada, pues, Capmany –que se ha educado en esa cultura y sin la que no sería posible comprender su labor como intelectual– apunta hacia el pueblo como única posible fuente de recuperación y salvación. Tiene razón Lopez al afirmar: «Si lamentable que soit la décadence de l’Espagne, il lui reste une possibilité de salut: son peuple, grâce auquel elle pourra toujours redevenir ce qu’elle n’a jamais cessé d’être profondément»<sup>71</sup>.

---

<sup>65</sup> *Id.*

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 137.

<sup>67</sup> Javier HERRERO, *op. cit.*, p. 225, nota 3.

<sup>68</sup> *Id.*

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 99-100. Véase Edward BAKER, «Beyond a Canon: Antonio de Capmany on Popular Eloquence and National Culture», *Dieciocho*, vol. 26, nº 2 (Otoño 2003), p. 317-324.

<sup>71</sup> François LOPEZ, *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Bordeaux, Institut d’Études Ibériques et Ibéro-américaines, 1976, p. 425.

Y, más allá de eso, como sostiene el mismo crítico, «Ainsi il s'avère que l'esprit de la nation est l'esprit de son peuple, beaucoup plus authentiquement que celui de ses lettrés et de ses écrivains. Capmany pose nettement cette équation: esprit populaire = esprit national. C'était, on le sait, le fondement même de la pensée de Herder»<sup>72</sup>. La relación filosófica con Herder es oportuna, pero no hay que olvidar que este separaba de esa noción de *Volk* (pueblo) a los sectores más bajos, en tanto que Capmany los incluye, pues no duda en hallar las mayores riquezas de la lengua conservadas por los pastores, gañanes, arrieros, o sea, gente baja y soez. Capmany llega hasta el extremo de considerar que las chozas y aldeas de La Mancha, Extremadura, Andalucía o Murcia, «son las oficinas que la naturaleza parece protegió para labrar el ingenio y carácter nacional»<sup>73</sup>. Que románticos reaccionarios como los Böhl de Faber vincularan después una admiración postiza del pueblo a los valores del antiguo régimen encarnados por Fernando VII no quiere decir que Capmany también lo hiciera, opinión de Álvarez Junco que no me parece lo suficientemente justificada<sup>74</sup>.

En realidad, Capmany adopta una actitud crítica a la manera de los demás ilustrados. Su pensamiento, según Lopez, se halla «en perpétuelle mouvance, mais qui *avance* sans rien renier ni effacer de ses étapes premières»<sup>75</sup>, idea en que coincide con Pierre Vilar. Este, en efecto, señala que las aparentes contradicciones del pensamiento de Capmany solo lo son si no se tienen en cuenta las complejas relaciones de la burguesía catalana que en cierto sentido representa<sup>76</sup>. Así, lo que no puede aceptarse es la interpretación reduccionista de Javier Herrero al hablar de «el antiafrancesamiento y la antiilustración» de Capmany, ni el calificarlo como «falso y turbio personaje»<sup>77</sup>. En realidad, Capmany es y será un ilustrado, un hombre convencido de los valores de las luces, pero que ya desde el comienzo –el «Discurso preliminar» al *Teatro histórico-crítico de la elocuencia*– apunta hacia el papel del pueblo en la lengua y la elocuencia de un modo y con una intensidad que no aparece en otros ilustrados. En cierto sentido, podríamos vincularlo con la postura de Cervantes en su asimilación de los refranes y la cultura popular como herencia de una cierta veta del humanismo renacentista, veta desde luego en absoluto incompatible con su integración plena en el Barroco. Es por medio de esa valoración del pueblo por donde Capmany

---

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 426.

<sup>73</sup> Antonio DE CAPMANY, *op. cit.*, p. 96-97.

<sup>74</sup> José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2001, p. 141.

<sup>75</sup> François LOPEZ, *op. cit.*, p. 429.

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 429, n. 198.

<sup>77</sup> Javier HERRERO, *op. cit.*, p. 224, nota 1.



encuentra la vía de acceso a un populismo que le sirve de base para oponerse frontalmente al apoyo a José I y, en consecuencia, para exaltar la resistencia popular y, al mismo tiempo, la libertad y la soberanía nacional.

En *Los orígenes del romanticismo reaccionario en España* Guillermo Carnero ha atacado la interpretación de François Lopez sobre Forner (y sobre Capmany de paso). Para Carnero, Capmany es «un progresista –aunque sin visión de futuro– desde el punto de vista del pacto establecido por la burguesía catalana con el Antiguo Régimen. Pero, como ese pacto exige, Capmany y la clase de que es portavoz encarnan una postura reaccionaria desde el punto de vista de la revolución burguesa que en Francia está derribando el Antiguo Régimen»<sup>78</sup>. Carnero no duda en incluir *Centinela contra franceses* «entre los documentos del más furibundo reaccionarismo contrarrevolucionario»<sup>79</sup>. Sin embargo, Carnero no parece prestar la suficiente atención a algunas de las afirmaciones de Capmany y que Françoise Étienvre ha analizado con su peculiar sutileza<sup>80</sup>. En particular, a su clara apuesta por la soberanía nacional –que, por sus propias palabras dirigidas a los diputados, solo puede encarnarse en los representantes elegidos de la nación: «Nuestro Soberano está preso en la infiel Francia, mas la Soberanía está libre en España»<sup>81</sup>, o en su defensa de la libertad anticipando «la sagrada mesa de la patria en el día del gran banquete de la libertad nacional»<sup>82</sup>. Es más, aunque expresa una voluntaria indeterminación en cuanto a la forma del estado o los mecanismos del gobierno, reivindica la unión nacional y sobre todo la legitimidad de lo que decidan las Cortes, es decir, un constitucionalismo sin fisuras: «Lo que nos ha de salvar es la unidad, la unión y la comunión de los fieles españoles: un poder conocido y reconocido. Legal es todo aquello que la extrema necesidad nos obliga a abrazar, y legítimo, todo aquello que la voluntad general desea, aprueba y consolida sin intervención de manos extranjeras»<sup>83</sup>. Es más, las alusiones a Fernando VII que aparecen en *Centinela* son de meras circunstancias y sin ningún énfasis particular. Como resumen de su intervención en las Cortes de Cádiz, escribe Françoise Étienvre: «La lectura de las numerosísimas intervenciones de

---

<sup>78</sup> Guillermo CARNERO, *Los orígenes del romanticismo reaccionario español. El matrimonio Böhl de Faber*, Valencia, Universidad de Valencia, 1978, p. 253.

<sup>79</sup> *Id.*

<sup>80</sup> Françoise ÉTIENVRE, «Nación y constitución en Antonio de Capmany», Cinta Canterla (ed.), *Nación y constitución. De la Ilustración al liberalismo*, Sevilla, Junta de Andalucía, Universidad Pablo de Olavide, Sociedad Española de Estudios del siglo XVIII, 2006, p. 265-275.

<sup>81</sup> Antonio DE CAPMANY, *op. cit.*, p. 127.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 131.

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 132.

Capmany en las Cortes no permiten encasillarle definitivamente en un grupo u otro»<sup>84</sup>. En efecto, la estudiosa recuerda que vota con los liberales la ley de la libertad de la imprenta pero se opone a la extinción de los gremios, entre otras cosas. Nos encontramos, pues, ante un intelectual que cree en los mecanismos de la democracia representativa, que está a favor de la libertad y las libertades, que vota por la abolición de la Inquisición y que participa activamente en los trabajos de las Cortes de Cádiz que aprobarían la primera constitución democrática en España y su todavía existente imperio transatlántico. Como ha resumido Étienvre, «Capmany se situe dans le camp de ceux que l'on appelle aujourd'hui les libéraux»<sup>85</sup>. Pero, al mismo tiempo, utiliza todos los recursos propagandísticos a su alcance para incitar y fomentar la guerra contra el invasor francés. Y en ese contexto articula una visión de la identidad nacional cuya filiación solo puede remontar a los escritos conservadores de un Erauso y Zavaleta, convirtiéndose además en anticipo de las manipulaciones identitarias que llevarán a cabo los conservadores e incluso reaccionarios del siglo XIX. García Cárcel ha sostenido que en *Centinela contra franceses* Capmany «se desliza hacia un españolismo»<sup>86</sup> que le parece coherente con su obra anterior. En efecto, Capmany actuó desde el principio como un españolista convencido —«un catalán españolísimo»<sup>87</sup> lo llaman Fernández de la Cigoña y Cantero Núñez— y eso explica sus aportaciones indiscutibles, no a un conservadurismo españolista, sino a la formulación temprana —y conservadora— de un estado español democrático. Tal vez por eso no es casual que González Cuevas ni siquiera mencione a Capmany en su *Historia de las derechas españolas*<sup>88</sup>.

---

<sup>84</sup> Françoise ÉTIENVRE, « Introducción biográfica y crítica », en Antonio de Capmany, *op. cit.*, p. 26.

<sup>85</sup> Françoise ÉTIENVRE, *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières*, *op. cit.*, p. 296.

<sup>86</sup> Ricardo GARCÍA Cárcel, *op. cit.*, p. 221.

<sup>87</sup> Francisco José FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA y Estanislao CANTERO NÚÑEZ, *Antonio de Capmany (1742-1813). Pensamiento, obra histórica, política y jurídica*, Madrid, Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Percopo, 1993, p. 409.

<sup>88</sup> Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Andrés de Blas (pról.), Madrid, Biblioteca Nueva, 2ª ed., 2000.